

De la utopía en Psicología Social Murmullos políticos de una crisis¹

Isca Leyton Q.*
Andrés Durán P.*

Resumen

Durante los años 60, 70 y 80 las ciencias sociales se ven impelidas por grandes movimientos sociales, pero sobretodo por una exigencia mayor que invitaba a revisar su propia configuración y planteamiento. Es en este marco que la Psicología Social entra en crisis, volcando la mirada hacia su interior, a las profundidades que le dieron existencia y desde donde le permiten reflexionar sobre dos aristas o conflictos importantes: uno relativo a la relevancia de los temas estudiados y otro referido al nivel epistemológico. En este marco de consideraciones el artículo replantea un foco importante que fue relegado al interior de la psicología social y que cobra absoluta relevancia en el contexto de las dinámicas sociales desiguales existentes en la región latinoamericana: se trata del ámbito de lo ético-político, dimensión necesaria de volver a repensar. Para tal efecto, en un primer momento, el artículo tensiona posturas sociopsicológica insertas en período de crisis, destacando sus conflictos, argumentos y posibilidades estratégicas de articulación, para luego dar cabida a una breve propuesta sobre condiciones mínimas para re-pensar lo sociopsicológico desde una postura política.

Palabras clave: Psicología Social, Crisis de la Psicología Social, Lo Político.

¹ El presente trabajo constituye la versión artículo de la presentación hecha por los autores, en el primer congreso Iberoamericano de Psicología Política realizado en Lima, Perú.

* Psicóloga. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Perteneciente al equipo de psicología social de la Universidad de Humanismo Cristiano. E-mail: ileytonq@gmail.com

* Psicólogo. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Perteneciente al equipo de psicología social de la Universidad de Humanismo Cristiano. E-mail: adiant08@gmail.com social de la Universidad de Humanismo Cristiano. E-mail: ileytonq@gmail.com

Abstract

During the 60s, 70s and 80s the social sciences meet driven by big social movements, but overcoat for a major exigency that was inviting to check his own configuration and exposition. It is in this frame that the Social Psychology enters crisis, overturning the look towards his interior, to the depths that gave to him existence and from where they allow him to think about two edges or important conflicts: one relative to the relevancy of the studied topics and other one referred to the level epistemological. In this frame of considerations the article restates an important area that was relegated to the interior of the social psychology and that receives absolute relevancy in the context of the social unequal existing dynamics in the Latin American region: it is a question of the area of the ethical - political thing, dimension necessary to return to rethink. For such an effect, in the first moment the article tenses positions sociopsicológica inserted in period of crisis, emphasizing his conflicts, arguments and strategic possibilities of joint, then to give content to a brief offer on minimal conditions to rethink socio-psychological from a political position.

Keywords: Social psychology, Crisis of the Social Psychology, The Politician.

*“La tradición es la profundidad de la sociedad.
La historia no es lo anterior al presente, sino su
profundización”*

Fernández Christlieb.

Introducción

Tal vez hoy, a casi cuarenta años de la crisis vivida por la Psicología Social, ya no tenga mayor sentido seguir hablando de ella, de las apremiantes condiciones socio- históricas que la hicieron posible, de las lógicas en las que se sustentó, o de las diferentes formas prácticas

que pudo desplegar en el curso de su existencia, ni siquiera quizás tenga relevancia en nuestros días enunciar las múltiples implicancias que esta tuvo o pudo haber tenido para las ciencias sociales en general, pero sobre todo implicancias para la misma psicología social. Probablemente lo recomendable, en todo caso, sea hacer la vista gorda y pasar por alto aquellos discursos insurrectos y alternativos, que no hicieron más que incomodar a una disciplina en momentos en que ésta se encontraba en calma; seguramente sea de mucha más pertinencia embarcarse en el carro contemporáneo de lo comprable-utilizable-rápidamente-desechable, tan de moda hoy por hoy. En ese sentido se podría decir que asumir que todo aquello de lo cual se habló, escribió, discutió, tensionó y, en buenas cuentas, luchó, con pasión y dedicación en torno a la crisis de la psicología social, no fue más que un momento de euforia y lucidez, un momento especial para muchos hombres y mujeres cansados de hacer siempre lo mismo para lo mismo desde la psicología social, pero que fue, en el fondo de las cosas, eso, nada más que un momento de iluminación fugaz²

Sin embargo, y a pesar de la inmediatez que incita a consumir ideas y a desecharlas pronto, acá se optará por hacernos cargo de lo que sería aun, para nosotros, un problema, o mejor dicho, un conjunto de asuntos problemáticos al interior de la disciplina psicosocial, que lejos de estar resueltos murmuran por doquier dando cuenta de su vigencia y también de su importancia. Consideramos que en los tiempos que nos son contemporáneos, el asunto más importante es la problematización del pensamiento y de la práctica sociopsicológica cuanto que el mundo que fue puesto en entre dicho en tiempos de “crisis”, sigue siendo hasta nuestro días un mundo con plena presencia, vale decir, uno en el cual el sentido de participar en él, de estar en él, incluso de identificarse con él en su difusa y heterogénea forma, pareciera escabullirse en cada instante, a cada rato, como si éste no quisiera ensamblarse con uno, ni uno con él justamente por las características que le dan sustancia.

² Como ha sostenido Juan Sandoval (2009), existen impresiones antagónicas al momento de ponderar el estatuto de ese acontecimiento denominado “crisis de la psicología social”; para algunos se habría tratado un acontecimiento con consecuencias importantísimas incluso hasta el día de hoy en el orden de las ciencias sociales (Cfr. Ibáñez 1990), pero para otros, representaría un momento menor al interior de la disciplina, momento que, en todo caso, no se correspondería ya con lo que es nuestra propia actualidad. (Cfr. Páez 1992).

Y es que, en efecto, nada ha de indicar que luego de la inquieta producción y proliferación de conocimiento psicosocial alternativo, sospechoso y problematizador, nuestras prácticas en sociedad y las distintas formas de vida que las constituyen han zafado a los efectos de dominación, de sujeción, de explotación, en fin, de sufrimiento humano que en general inunda los diferentes campos en que la acción humana tiene cabida. Dicho pronto, a pesar de la existencia de importantísimos puntos de fuga que lograron instalarse al interior del mismo centro tensionado, el centro psicosocial, no es posible señalar, tan fácilmente, que se ha logrado salir (entiéndase: emanciparse) finalmente de aquellas condiciones mundanas, materiales y simbólicas que fueron fuertemente denunciadas como negativas, y frente las cuales se erigió, justamente, una psicología social crítica y en muchos casos radical³ (Íñiguez, 2002). Antes bien, lo contrario, entre nosotros, contra nosotros y, muchas veces, a pesar de nosotros, aquellas formas de relación societal caracterizadas como degradantes y despreciables por sus consecuencias y efectos, se han sostenido en el tiempo con relativa facilidad, y lo que es aún peor, se han multiplicado en otros variados emplazamientos apareciendo en modalidades novedosas, pero no por ello menos indignantes y repudiables. La mercantilización absoluta de los diferentes campos de que se compone la existencia (mercantilización de la vivienda, mercantilización de la salud, mercantilización de la educación, mercantilización del trabajo en el sentido amplio del término), la espectacularización grosera de las relaciones sociales a un nivel general, la creciente tecnificación y especialización de los procesos de comprensión e intervención en la sociedad, el auge desmesurado de las desigualdades entre clases sociales, y la invención contemporánea de diversos mecanismos para reproducir esas mismas desigualdades, constituyen, pues, un botón de muestra de lo que venimos enunciando.

³ La distinción entre Psicología Social Crítica y Psicología Social Radical, es efectuada por Lupicinio Íñiguez (2002), en el marco de la especificación referida hacia la tendencia psicosocial de problematización epistemológica de todo proceso de construcción de saber, y diferenciarla de aquella referida a una búsqueda de las condiciones de cambio social. Desde el punto de vista del psicólogo social español, la Psicología Social Crítica se aproximaría más bien a la primera opción, mientras que la Psicología Social Radical, estaría ligada más cercanamente a la segunda, sin perjuicio, por supuesto, de poder complementarlas.

Y si hay que volver a la Psicología Social, al momento en que suspicazmente formuló preguntas cruciales, cuestionamiento fundamentales y de densidad mayor, es sobre todo porque en ese espacio condensado de sueños y sorpresas, de anhelos y expectativas utópicas, pareciera existir elementos posibles de utilizar contra ese mundo que tanto molesta, que tanto incomoda, y que es el de nuestro cotidiano vivir.

Ver lo que permite ver... o referirse al gesto setentero

Como se ha enunciado en diferentes lugares⁴, la Psicología Social entró en crisis cuando, entre revueltas universitarias, reformulaciones científicas, y otros tantos vericuetos de rebeldía ante los poderes establecidos, toma conciencia de su situación y aprecia que su forma de pensar y proceder en el mundo ya no daba más de sí, cuando entiende, a punta de reflexión, que el camino transitado por décadas ya no podía seguir siendo el mismo, y que debía tomar, por lo tanto, un cambio de rumbo; por eso el adjetivo de “crisis”, que fundamentalmente quiere decir quiebre, ruptura, punto de inflexión en que se hace insostenible la continuidad del trabajo realizado, la labor de su ciencia. Puede sostenerse que desde entonces la disciplina volcó la mirada a sí misma, y comenzó a profundizarse en su interior, a recorrerse pero también a re-conocerse en aspectos incognoscibles respecto de los que había podido apreciar en tiempos pretéritos: humildemente ella comenzó a entenderse. “Empieza entonces una autoconciencia de la sociopsicología” (Fernández Christlieb, 1994, p. 164).

⁴ Si bien es cierto el hecho de que la producción psicosocial que se refiere explícitamente a la crisis de la psicología social ha disminuido considerablemente en los últimos años, no es menos cierto el que pueden encontrarse importantes trabajos que proveen de un mapa general en relación al asunto, y que permiten, al mismo tiempo, entrar en la discusión comprendiendo los puntos centrales de las tensiones elaboradas tiempos de crisis. El lector puede consultar “Aproximaciones a la psicología social” de Tomás Ibáñez (1990); “Psicologías Sociales” de Josep Blanch (1982); “Estudios básicos en Psicología Social” de Eduardo Crespo y José Torregosa; “Psicología colectiva, un fin de siglo más tarde” de Pablo Fernández Christlieb (1994); “Una lectura a la crisis y reconstrucción de la psicología social” de Juan Sandoval Moya (2009).

⁵ Aquí la idea de espíritu cobra absoluta relevancia, y se refiere a esa suerte de atmosfera que impregnó no solamente al pensamiento psicosocial desde mediados del siglo pasado, sino al conjunto de las ciencias sociales; es el conjunto de factores externos e internos al que se refiere Tomás Ibáñez (1990), o el conglomerados de movimientos sociales de los que habla Pablo Fernández (1994), elementos que en buenas cuentas provocaron un influjo importante en el desarrollo del procesos de crisis.

Es como si, luego de un profundo aburrimiento de lo que la constituía tanto en la práctica como en la teoría, un remesón fulminante la hubiese tomado desprevenida, casi por la espalda, provocándole un trastocamiento curial en su andar por entonces bastante naturalizado; o también, es como si luego de haber sufrido un profundo malestar en relación a lo que ella misma se había convertido durante el siglo XX, un sorpresivo e imponente espíritu⁵ la hubiese penetrado insidiosa pero gradualmente, generando en ella un conjunto de modificaciones importantes en torno de su estado habitual. En todo caso, sea por aburrimiento o por descontento, o por ambas a la vez, lo cierto es que la disciplina psicosocial dejó de tender la mirada hacia fuera, como habitualmente lo había hecho, para, al contrario, echar un vistazo más bien a aquello que se encontraba en su interior; comenzó a observarse, a apreciarse, sino en plenitud, sí por lo menos en virtud de todos esos históricos elementos que justamente *le permitían ver*.

La psicología social, disciplina que con tanto empeño depositó su mirada en la realidad de los fenómenos y objetos del mundo de “allí afuera”, comenzó lentamente a comprender la riqueza de detenerse en las condiciones que permiten un mirar posible, en las formas que preceden a toda perspectiva, y por lo tanto, a toda enunciación. Es en ese sentido que se sostiene que la profundización operada por la psicología social, en tiempos de setenteros de crisis, es una profundización interior, interna, que se detuvo no tanto en “lo visto” cuanto en aquello que provee de una visión, de un enfoque o una perspectiva, en definitiva, de un marco de comprensión; no se trató tanto de una excavación indagatoria en contra de una realidad “afuerina” que se resistía a mostrarse, sino sobre todo de un desplazamiento interno, a contracorriente diríamos, en busca de lo que no se encuentra dicho ni explicitado en la mirada perspectiva (pues trabaja de manera naturalizada incluso para el que porta el enfoque) pero que justamente posibilita observar objetos y sujetos, argumentar sobre relaciones e interacciones, preguntar sobre su estatus, cuestionar sus evidencias, en definitiva, simplemente mirar. Así, la exanimación detallada de lo no explicitado, de lo no enunciado en el enfoque, pero que

fue fundamental para poder operar en el mundo como una posibilidad de mirar, se presentó, en tiempos de turbulencias críticas para la sociopsicología, en un imperativo categórico a no descuidar.

De ahí que, a pesar de presentarse como un verdadero acontecimiento, vale decir, como un emergente fantasmal que irrumpe de manera imprevista en un campo determinado y desde el que proliferan posibilidades imprevistas de acción, el desencadenamiento de aquella búsqueda indagatoria haya sido más bien el de un tránsito lento, pausado, sin prisa a pesar de la premura por salir del hastío y disgusto en que se encontraba la disciplina. Cambio de rumbo en la disciplina, por cierto, pero un cambio de orientación lento, efectuado paso a paso, toda vía más cuanto se sabía estar en presencia de un camino en extremo pedregoso. Y es que se requerían de otros instrumentos, de otros materiales para confeccionar “eso” distinto que se quería construir, aunque en realidad no se supiera con certeza de qué cosa se trataba⁶. Lento por las arenas movedizas, y sin embargo, un andar sin detención, una autoconciencia sin estancamiento. El recorrido introspectivo experimentado por la psicología social durante el periodo de crisis no se detuvo ni vio interrumpido, a pesar de las múltiples resistencias de todo tipo que se fueron presentando (Ibáñez, 2000). Al contrario, desde la disciplina se siguió incursionando con absoluta curiosidad, se prosiguió indagando minuciosamente y con ojos bien abiertos ese mundo completamente ignorado, tal y como lo hace alguien que ingresa al interior de un espacio completamente nuevo, o como quien vuelve a recorrer las calles y pasajes, las plazas o los sitios que lo vieron crecer, encontrando cada uno de ellos como tremenda novedad, a pesar de haberlos apreciado por años.

Sin ánimo de detenerse, entonces, el pensamiento psicosocial se prestó así mismo una aguda atención: se concentró en los objetivos desde los que por mucho tiempo se elaboró, de un modo naturalizado, enunciados categóricos, conceptos célebres y teorías destacadas; visualizó,

⁶No eran los mismos utensilios utilizados por casi un siglo los solicitados: fabricar cuestionamientos profundos, densos en términos filosóficos, políticos y culturales, confeccionar preguntas que efectivamente dieran cuenta del espíritu del que nace la misma crisis, y por lo tanto, que identificaran de cerca hacia donde se quería ir luego de ella, eran actividades que en absoluto podían ser efectuadas con rapidez, con urgencia, so pena de volver a convertirse en aquello que la efervescencia del momento había cuestionado de manera radical.

apasionadamente, el conglomerado de materiales con que estaban contruidos esos mismos conceptos y teorías. Y, de tanto mirarse, la disciplina se sorprendió.

La introvisión de relevancia, o ¡la sociedad existe!

En un primer ahondar de profundización en ese espacio interior antes mencionado, es que la sociopsicología descubre una situación sustancial, a saber, que las modalidades a partir de las cuales se estaba generando conocimiento del mundo, y las razones que le otorgaban validez y legitimidad a esas mismas prácticas investigativas, eran en realidad sendas engañosas, o cuando menos, un conjunto de razones que se levantaron e hicieron públicas para producir efectos determinados, en virtud de perpetuar intereses particulares de hegemonías establecidas. En efecto, mientras que la mirada transitada hacia fuera sostenía con voz fuerte e instruida que el método científico, por ejemplo, era el camino más adecuado para generar conocimiento sobre lo humano, dado que tendía hacia la objetividad y la elaboración de leyes y regularidades en el orden del comportamiento social, la mirada en lento desplazamiento interior postuló justamente lo contrario: cuanto más utilizado sea el método científico, más aún se visualizará la imposibilidad de asepsia en investigación psicosocial, vale decir, se apreciará en mayor medida que lo que se pone en juego es todo un espíritu cargado de intereses valorativos que no se pueden suspender ni poner entre paréntesis, justamente porque son esos mismos valores los que dan un marco de sentido a tales investigaciones. Asimismo, se argumentó que cuanto más pretensión de objetividad se postule, más se identificará, en realidad, que no es el progreso de los hombres lo buscado, esa promoción liberal que data por lo menos desde el siglo XIX, ni la libertad tan anhelada y tan a la usanza de las sociedades capitalistas avanzadas, sino que lo perseguido es más bien su situación de degradación existencial arrojada en todo caso en una vulgata científica.

En buenas cuentas, lo que se pone de manifiesto en la idea psicosocial anterior es que *la sociedad existe*, que es de carne y hueso, y que, en tanto tal, influye de manera concreta en la misma producción de conocimiento científico, así como del mismo modo ejerce un influjo inevitable en el resto de nuestras actividades humanas: la sociedad está ahí, nos atraviesa de par en par, y lo hace tanto en el discurso como en la práctica. Como diría uno de los propulsores de esta primera forma de autoconciencia disciplinar: “Las personas no somos seres arrojados al vacío, sino que formamos parte de una historia, nos movemos en una situación y circunstancia, actuamos sobre las redes de múltiples vinculaciones sociales” (Martín-Baró, 1983, p.10), vinculaciones de la sociedad que operan como un entramado social multiforme, variable, conflictivo, en virtud de relaciones antagónicas a la base, las que incluso pueden de comprenderse en sus particulares dimensiones, a pesar de ser, en rigor, una entidad más bien global: vinculación de la práctica científica con el marco cultural que lo rodea, asociación y dependencia de la labor interventora con el marco económico existente, vinculación intrínseca entre los distintos factores que “componen” la sociedad y la actividad humana en general.

Se puede apreciar que en esta primera entrada sorpresiva, la mirada interior se alejaba paulatinamente de una serie de elementos propios de la psicología social “clásica”, lejanía que, como se sabe, tintineaba más que de cerca con una aproximación integracionista de la sociedad⁷.

Ahora bien, aquel interés por distanciarse de la mirada tradicional que suponía una sociedad como dada naturalmente, con conflictos nimios en su forma, contenido, proceder e interés efectivo, redundó también en una problematización importante no sólo referida al “cómo” de la psicología social, es decir, respecto de los procedimientos metodológicos utilizados en su labor, sino, además, respecto al *por qué y el para qué* de ella misma, lo que resultaba de mucha más importancia en la medida que cuestionaba el sentido mismo de su existencia, y se acercaba aun

⁷El planteamiento de “relevancia” en psicología social focalizó todos sus esfuerzos por distanciarse de la concepción integracionista de la sociedad que propulsaba la adaptación del orden social evidente, desde una perspectiva individualista y psicologizada, cuestión que Ignacio Martín-Baró (1987) aborda en la pregunta histórica de ¿Qué nos integra al orden social establecido?

más a uno de sus principales fines propuestos en el marco de esta forma de afrontar el período de crisis: “la psicología social debe buscar como objetivo el posibilitar la libertad social e individual” (Martín-Baró, 1983, p.48).

A partir de lo señalado, las preguntas adecuadas de formular desde una psicología social que asumiera la existencia de la sociedad como una entidad conflictiva que inevitablemente ejerce o provoca influjo en toda activada humana, serían las siguientes: ¿Por qué y para qué tanto dato y tanto número reflejado en sendas estadísticas relativas a los procesos de conformidad de jóvenes universitarios? ¿Por qué y para qué tanto estudio sobre actitudes, categorizaciones, atribuciones o procesos de obediencia social en poblaciones determinadas? ¿Por qué investigar desde la psicología social, y para qué? Si la mirada conducida hacia afuera respondía que porque el desarrollo humano depende de tales asunciones explicativas, la mirada tendida hacia el centro respondía, no sin suspicacia, que cada una de esas investigaciones realizadas a lo largo del siglo XX tenían por objeto el saber a toda costa cómo integrar al individuo al funcionamiento de la sociedad (Martín-Baró, 1983), saber cómo adaptar a los hombres y a las mujeres al estatus quo que se había establecido, pese a ellos mismos.

Esta primera novedad psicosocial, que emergía de aquel tránsito inverso al cristalizado por la disciplina, informaba sobre todo que una psicología social “integracionista” era el reverso de una perspectiva útil para explicar, por medio de gráficos y tablas, de máquinas y tecnologías, la acomodación simbólica y material de los sujetos a la sociedad, pero que en efecto no permitía entender nada, menos aún de las catastróficas desigualdades e injusticias experimentadas y reproducidas a la sazón en los emplazamientos del sur del mundo.

De modo que la psicología social conecta, en su recorrido interior, con una fuerte carga ideológica que la hace tomar, durante el período aludido, una posición política efectiva. La incorporación de esa variedad de factores o dimensiones sociales provoca que la misma disciplina vaya construyendo un lugar y un discurso común respecto de lo rechazado, para proponer líneas alternativas de acción. Así, no se trató solamente

del hecho de mostrar al público el que la sociedad está siempre presente en cualquier actividad humana –lo cual muchas veces la psicología tradicional desconsideró en su propio marco teórico–, sino sobre todo de hacer evidente que dicha relación está fundada en conflictos opresivos y explotadores naturalizados que provocan consecuencias nefastas para las mayorías populares; mostrar que la psicología social puede operar funcionalmente hacia la reproducción de ese orden miserable de existencia, o que bien puede, por el contrario, remar a contra corriente de aquel ordenamiento social basado en la dominación de clase, propulsando elementos teórico prácticos para alcanzar la emancipación de los hombres. Es ahí que un proyecto de psicología social de la liberación cobra pleno sentido, iniciativa desde la que urge saber “cómo las personas pueden cambiar ese orden, liberarse de sus exigencias e imposiciones y construir un orden diferente, más justo y humano” (Martín-Baró, 1983, p. 13). ¡Pero la sorpresa psicosocial sería mayor!

La introvisión epistemológica, o recorrer lo que contiene el saber

Ahora bien, puede decirse de manera secundaria y un tanto esquemática, que el centro tensionado de la psicología social cobró aun más densidad de la que había tomado cuando era la “relevancia social” lo que se ponía en juego, o lo que sería lo mismo, puede sostenerse, sin forzar mucho el argumento, que el recorrido trazado por la tradición de pensamiento psicosociológico iría todavía más lejos en su trayectoria de autoconciencia en la medida que su crisis interna se agudizó conforme a la elaboración de nuevos y diferentes argumentos críticos.

Si la primera escena era en realidad una escena sorpresiva dado que se había encontrado con una engañifa de sí y de sus pretensiones acomodaticias de integración, rehabilitación o restitución de los hombres y mujeres *al orden social* que se había establecido impositivamente desde las hegemonías gobernantes (Martín Baró, 1983), la segunda escena fue una en que la sorpresa se convertiría progresivamente en asombro, y el asombro en estupefacción. Lo que se puso en juego aquí, en este

momento posterior de la crisis, no fue tanto un problema relativo a la “utilidad social” de la psicología en el sentido más clásico del adjetivo “social” -aunque este elemento fuese ya un antecedente a no despreciar por todo aquel que quisiera embarcarse en el camino de una perspectiva crítica en psicología social- sino sobre todo, un problema que tuvo que ver con la comprensión del mismo proceso de elaboración de conocimiento científico, o sea, de producción y reproducción de verdad amparada y legitimada en la racionalidad propiciada por la modernidad, que es la racionalidad desde la que han funcionado históricamente las ciencias sociales, y por cierto, la sociopsicología por lo menos desde principios del siglo XX en adelante⁸.

Desde este punto de vista, el volumen alcanzado en aquellos tiempos turbulentos no fue ni temático (no eran los temas u objetos de estudios los que había que modificar si se quería hacer una psicología social crítica del orden establecido), ni solamente metodológico (no había que contentarse con modificar el tipo de instrumento utilizado para el tratamiento de la realidad psicosocial), sino eminentemente epistemológico. Es decir, es en atención al conocimiento científico, a su producción, a su estatuto, a sus efectos, en fin, a su comprensión global en tanto actividad humana que la psicología social continuará llevando a cabo ese complejo proceso de *mirarse a sí misma*. De ahí el predominio que tuvo este discurso psicosocial en asuntos referidos, por ejemplo, al problema de la objetividad científica, al de la realidad en-sí, o de la representación del conocimiento experto, de ahí, además, la sobre valoración que tuvo dicha perspectiva hacia todo enunciado que sostuviera decir la verdad de las cosas dada su correspondencia o adecuación absoluta con ellas⁹.

⁸ En ese sentido se entiende el reconocimiento hecho por Ibáñez y Domènech al texto de Kenneth Gergen, titulado *La psicología social como historia*, documento en el cual, según el decir de los autores, “(...) se estaba yendo más allá de la evidencia de que el contenido y la forma de las teorías psicosociales dependen del momento socio-histórico en el que se desarrollan, y apostaba por una construcción social en la que los mismos fenómenos estudiados son transformados por el desarrollo socio-histórico” (1998, p.13).

⁹ De la misma manera que el primer proceso de profundización efectuado por la psicología social se alejaba de una serie de planteamientos tradicionales de la disciplina (los que tendían a ignorar el conjunto de factores sociales que influían en la producción científica), este segundo momento crítico se distanció radicalmente de asunciones epistémicas que habían acompañado por mucho al discurso psicológico, alejamiento que se materializó en la problematización de tres puntos importantes.

A diferencia del primer proceso de introspección psicosocial que se focalizó en los elementos procedimentales o de sentido, esta otra mirada, sospechosa también, posicionó su punto de vista sobre todo en lo que tuvo que ver con sus propios supuestos mantenidos a la base, o sea sobre sus condiciones epistémicas de posibilidad. Desde entonces, y en ese marco de consideraciones, la crisis de la psicología social tomó ribetes interesantísimos: lentamente, se iría dibujando una trayectoria de pensamiento crítico al mismo tiempo que se intentaba hacer desaparecer otros lineamientos cuyas asunciones se encontraban enclavadas en el corazón de la psicología social tradicional: se postuló así que es imperativo desdibujar la idea realidad como un mundo independiente, separado y distanciado del propio investigador; que es imperativo desdibujar la concepción representacionista del conocimiento, y que es imprescindible, en fin, realizar un desdibujamiento radical de la idea de verdad científica como criterio privilegiado para decidir asuntos que muchas veces colindan con aquellos que eran de carácter eminentemente público.

Dibujar y desdibujar trayectorias, pensamientos, conceptos naturalizados, articular y desarticular argumentos y supuestos cristalizados fue el horizonte de una segunda escena crítica en psicología social que tomó la metáfora de la *construcción social* de la realidad como estandarte

En primer lugar, abandono de la creencia que dicotomiza al sujeto que investiga del objeto investigado, o lo que sería lo mismo, la realidad del mundo de la acción humana (lo que se ha conocido como objeto en sí). Desde este planteamiento, no existiría aquella separación histórica que polariza al sujeto cognoscente por un lado y al objeto conocido por otro, más bien el supuesto objeto depositado en la realidad, contiene sobre sí, en cada parte de sí, ya al sujeto que lo aprehende. En segundo lugar, se objeta insistentemente en la difundida creencia de la representación, la cual supone el hecho de que el conocimiento científico esta posibilitado, mejor que cualquier otro tipo de saber, para conocer la realidad tal cual es; es el saber de las ciencias y no otro el que permite generar fotografías (re-presentaciones) de la realidad social, es él, dado su estatuto científico, el que provee la posibilidad de reflejar lo que sucede realmente en el mundo. Una vez más, el planteamiento crítico pone en suspenso esta creencia absolutamente arraigada en la cultura moderna: se postuló que existe una imposibilidad epistemológica de acceder al mundo y su realidad de manera independiente a los modos de acceso, lo cual se presenta como una absoluta falacia, dado que habría que comparar la "representación de la realidad" con la realidad misma, y eso, según la perspectiva epistemológica, nadie ha sabido cómo hacerlo. En tercer lugar, se opera un distanciamiento radical de la idea de "verdad" desprendida del conocimiento científico, esa que sostiene que siempre se está en presencia de una verdad absoluta y trascendente en la medida que ese mismo saber científico representa de manera fidedigna la realidad sobre la cual versa. Respecto de este último asunto, se sostiene que la verdad es siempre relativa: relativa a las prácticas, a las creencias, al marco epistemológico desde el que se sostiene, y por lo tanto, también lo es la verdad desprendida del conocimiento científico. Para una revisión detallada del planteamiento puede consultarse Ibáñez (2000).

de lucha frente a situaciones de concreta dominación¹⁰ que, desde su propio punto de vista, no podían ser resueltas simplemente situando el problema en elementos externos al propio pensamiento (el conjunto de factores que detectado por la mirada precedente).¹¹

Así, el argumento se complejiza, y con ello el derrotero psicosocial también; si bien hay que atender a la dominación históricamente producida contra determinados grupos sociales, tal y como lo había enfatizado el argumento de “relevancia”, ahora esa atención debe estar focalizada en otro lugar, en otro intersticio epistémico: se trata de detenerse en los supuestos epistemológicos no explicitados, en las naturalizaciones desde las que se opera, y en los efectos producidos. Es ahí donde el punto crucial toma forma y donde el contenido de la propuesta cobra densidad, es ahí, también, donde emerge una posición política particular.

De ahí en más se asume la importancia de mostrar la *subjetividad puesta* en toda práctica humana, pero sobre todo en las científicas en la medida en que ellas mismas hablarían de sí en términos trascendentales, extra-humano, y extra-históricos, como si la ciencia efectivamente hubiese tomado de manera secular el lugar de dios; dicha posición enfáticamente el hecho de querer mostrar cuanto de humano hay en cada investigación, en cada producción de saber, y evidenciar que los sucesos, en realidad, nunca hablan por sí solos, sino que es siempre la perspectiva, cualquier perspectiva, la que produce acontecimientos (objetos) de los cuales algo se puede enunciar. Es una posición política, a su vez, que asume la complejidad consustancial de lo “social”, entendida como una entidad simbólico-material que en absoluto puede ser comprendida

¹⁰ Desde aquí la dominación atendida no es extrínseca al saber psicosocial, sino immanente a su desenvolvimiento. Se trata de la dominación ejercida a través de argumentos científicos, los cuales provocan una legitimación ideológica generalizada al mismo tiempo que una sumisión imperativa ha su discurso. Por un lado, legitimación ideológica de sus argumentos en la medida que están sustentados en una supuesta objetividad científica, en una supuesta universalidad de sus resultados, pero por otro, sumisión de los hombres y mujeres en la medida que no queda más que consentir y obedecer lo que es enunciado desde dichos argumentos. En la medida de que el conocimiento de que el conocimiento elaborado desde esta matriz epistemológica habla de la “esencia” de los hombres, no queda más que amoldarse a tal discurso, sin posibilidad de interpelación, duda, o crítica.

¹¹ El argumento se refería fundamentalmente a lo siguiente: si bien es una hecho innegable el que la psicología y sus conceptos han estado históricamente ligados a los intereses de las hegemonías gobernantes, no es menos cierto el que este mismo saber, más allá de sus utilidades progresistas o conservadoras, tiene la capacidad de genera efectos negativos dada las propias características históricas que lo constituyen.

reduciendo su existencia a la sumatoria de conductas humanas, tal como efectivamente ha operado el pensamiento clásico de la psicología social; acá más bien se asume la importancia de no caer en un individualismo metodológico, so pena de desestimar la riqueza de materiales diversos con lo que está producido lo social.

Es en la confluencia de un enriquecimiento de la comprensión de lo social, la capacidad desnaturalizadora del enfoque, y la asimilación de lo científico como práctica humana concreta, donde se juega la posibilidad de articular a la psicología social con una dimensión política particular, donde se establece la posibilidad de politizar a la ciencia entendida como agenciamiento privilegiado de la creación de realidad.

Murmullos políticos luego de una crisis.

Luego de andar por aquellos recovecos de lo que se ha llamado “crisis de la psicología social”, e incluso más allá de las diferentes respuestas que han sido otorgadas tanto desde primera escena crítica como desde la segunda, interesa detenerse brevemente en algunas reflexiones que intenten ir más allá de los obstáculos que cada una de esas perspectivas contienen.

Pues bien, como hemos podido apreciar a lo largo del trabajo, esgrimiendo reflexiones significativas relacionada con el quehacer del psicólogo en el contexto latinoamericano (Martín Baró) o elaborando problematizaciones medulares respecto a los efectos del mismo conocimiento psicosocial desarrollado (Ibáñez), es que la disciplina tambaleó en tiempos de crisis, no obstante: ¿Qué queda para la psicología social en pleno siglo XXI? ¿Qué queda para ella luego de que la densidad adquirida en pleno periodo de crisis ha ido progresivamente desapareciendo conforme pasan los años? ¿Qué es lo que queda para la psicología social una vez que, al parecer, ya no hay ni sorpresa ni asombro (¡la crisis pasó!), por lo tanto, muy pocos sueños y muy pocas utopías? Posiblemente quede todo por hacer, pero de manera particular,

sostenemos que situar al menos tres puntos importantes sobre la mesa puede propiciar elementos fundamentales para continuar desarrollando un planteamiento crítico que no se cosifique o establezca en sus expectativas, que no se cristalice en una supuesta resolución de la crisis, o incluso, que no se sitúe en posiciones institucionales acomodaticias que poco tienen que ver con ese horizonte utópico que imaginó la posibilidad de inaugurar un orden diferente al existente. Y los elementos son tres: a) complementariedad entre argumentos radical y epistemológico, b) exigencia de volver a pensar el horizonte utópico, c) atención prioritaria a la precarización generalizada de la vida.

En primer lugar, entonces, complementariedad entre perspectivas radical y epistemológica, o lo que sería lo mismo, asumir que ambos planteamientos aportan más a la batalla contra la dominación si se los piensa y utiliza de manera mancomunada, que si son comprendidos de manera antagónica y por eso mismo, incompatibles entre sí. En efecto, si se asume la complejidad de la vida hoy por hoy dominada, la multiplicidad de elementos que se pueden encontrar a la hora de pensar la existencia humana de manera generalizada y crítica, puede apreciarse que no hay razón por la cual tener optar por una de ambas perspectivas, rechazando tajantemente la otra, y lo que es más importante, se visualiza el hecho de que podrían obtenerse rendimientos políticos favorables al poder conjugarlas. Se trata de hacer un esfuerzo de complementar, lo cual no significa, por cierto, intentar convencer a toda costa al otro de que sus argumentos son más válidos, más verdaderos, más adecuados respecto de la realidad (ya sabemos, luego de apreciar detenidamente el planteamiento epistemológico, cuán vana puede ser esa discusión, y los efectos de sumisión y legitimación que pueden generarse a partir de ella), tampoco se trata de que unos y otros terminen *pensando del mismo modo*; al contrario, complementar quería decir aquí hacer un importante esfuerzo por exponer cada uno de sus planteamientos para poder discutirlos productivamente, compartirlos públicamente, y desarrollarlos responsablemente, con el fin de ponderar su articulación estratégica de acuerdo a ciertos fines político a alcanzar.

¿Acaso no es verdad el que ambos planteamiento comparten, sino el enunciado mismo, sí por lo menos el sentido de la enunciación que postula la existencia de la sociedad atravesándonos siempre, su presencia insidiosa pero inevitable, por encima de las particulares conductas que puedan emerger de los hombres? ¿No es contra el individualismo metodológico (que no es sino el creciente proceso de imposición de la cultura liberal en su modalidad científica) que tanto el plantiniano radical y epistemológico han luchado hace más de cuarenta años proponiendo, cada uno a su manera, alternativas concretas al orden establecido? ¿Acaso no es verdad el que ambos modos de comprensión han concebido como tarea fundamental el problematizar la labor tanto del profesional de la psicología, como del mismo discurso psicológico en todas sus variantes? ¿No es verdad, en fin, que de un modo absolutamente sincronizado, tanto el planteamiento radical como el epistemológico han participado desde el momento de su constitución de un profundo espíritu emancipador o, lo que sería prácticamente igual, de un importante deseo de libertad y autonomía para los hombres? Complementar los planteamientos quiere decir, así, escapar del cinismo teórico que reconcilia las perspectivas a pesar de sus diferencias irreconciliables, para confrontarlas de manera radical, y extraer de esa confrontación, de esa nutritiva interpelación mutua, un resultado políticamente utilizable. Esto último entronca con el segundo elementos que deseamos destacar: exigencia de volver a pensar el horizonte utópico desde la psicología social.

Es muy probable que sea este uno de los elementos de mayor complejidad a la hora de re-pensar la disciplina psicosocial, o de trabajar reflexivamente desde ella asumiendo su estado de crisis interna, pues, en rigor, se trata de un conjunto de elementos que no pertenece al orden de los procesamientos utilizados para investigar o intervenir, y ni siquiera atañe al orden de las condiciones epistémicas de un decir posible, se trata más bien de la incorporación del campo de la ética y de la política al interior del pensamiento y la práctica psicosocial, si por tales entidades se entiende, a groso modo, la posibilidad colectiva de gobernar la vida de los hombres de acuerdo con un conjunto de valores democráticamente

estipulados, y de propulsar estrategias en su dirección para que tales valores sean, efectivamente, puestos en práctica. Sostenemos que incorporar el asunto de los “valores” y de la “política” en el centro de las problemáticas contemporáneas estudiadas por la psicología social contribuiría enormemente a repensar el hortense hacia el cual ha de dirigirse la disciplina.

De este modo, si el planteamiento radical latinoamericanista incitó en tiempos de crisis a elaborar una psicología social de los oprimidos, de aquellos cuyas vidas se presentan efectivamente como miserables, repensar el horizonte de utopías implicaría preguntarse qué tipo de contribuciones puede aportar hoy a dicha problemática la psicología social desde su propio lugar, e incorporando (¿por qué no?) los argumentos epistemológicos, toda vez que los oprimidos en la región latinoamericana aumentan de manera exponencial, y que las formas de oprimirlos se vuelven cada día más sutiles en su mismo ejercicio. Al mismo tiempo, si el planteamiento epistemológico ha incitado a desestabilizar las verdades producidas desde las ciencias modernas a partir de la metáfora de la construcción social, cabe preguntarse qué tipo de configuraciones sociales son las que estamos dispuestos a aceptar como válidas, y que articulaciones son las que estamos dispuestos a desarrollar desde la psicología social, sobre todo encontrándonos en un mundo donde todo parece posible y todo parece aceptable en el mercado contemporáneo de las posibilidades. Ambas preguntas, sin duda, no pueden ser abordadas otorgando preeminencia solamente a asuntos de orden metodológico (cambiamos lo cuantitativo por lo cualitativo, los gráficos por el discurso), ni a lo temático (nos trasladamos de los estudios de la conformidad hacia la investigación de la pobreza, de la comprensión de las actitudes antisociales hacia el de los movimientos sociales), tampoco esas preguntas pueden ser abordadas considerando privilegiadamente lo epistemológico (pasamos de una concepción representacionista de la realidad a uno más bien construccionista de ella), sino que deben ser tratadas también tomando en cuenta esa dimensión del valor (valorizar) que, querámoslo o no, sepámoslo o no, siempre tensiona el ejercicio de nuestro trabajo en cada una de nuestras prácticas.

Ahora bien, a los dos elementos antes descrito (complementariedad del argumento radical con el epistemológico, y repensar el horizonte de utopía), habría que agregar un tercero que, en rigor, responde más bien a la urgencia del momento actual de nuestra sociedad; dicho elemento es el que se refiere a los procesos crecientes de precarización de la vida. A la vez que intentar exponer los argumentos radical y epistemológicos para enfrentarlos y obtener de ese dialogo-tensión elementos posibles de utilizar en términos políticos, y al mismo tiempo que re-pensar ese horizonte utópico a alcanzar desde la psicología social, sostenemos que es imperativo atender a un conjunto de preocupaciones que dan cuenta tanto de la forma en que está siendo gobernada nuestra sociedad y el modo en que se configuran trayectorias de existencias determinadas en el marco de ese mismo modo de gobernar. En efecto, y como anunciábamos en el apartado introductorio, la sociedad contemporánea, esto es, la sociedad abanderada por un neoliberalismo depredador, se caracteriza, por lo menos en los países latinoamericanos, por una mercantilización casi absoluta de los diferentes campos que hacen básicamente sostenible la existencia humana en la actualidad.

La mercantilización neo-liberalizada de la vivienda ha provocado que grandes poblaciones se encuentren alojados en las periferias urbanas, sobreviviendo en estructuras cuasi-habitacionales realmente indignantes, presentando prácticamente las mismas características que evidenciaba el modo de habitar del obrero decimonónico (hacinamiento, aislamiento, inseguridad, insalubridad, etc.) y agregando otras tanto más impresentables; la mercantilización de la salud ha hecho del bienestar humano un verdadero negocio, pudiendo salvaguardar una atención de calidad, digamos digna, solamente aquellas clases que efectivamente están en condiciones de pagar por el "servicio"; lo mismo sucede con el sistema educacional o con el ámbito del trabajo, cuyos grados de neo-liberalización operan descarnadamente sobre la mayoría de la gente, provocando que tanto una actividad como la otra pase a ser más un privilegio socio económico destinado a al sector dirigente, que un derecho social fabricado para los dirigidos.

Ante este panorama no menos desolador, ¿qué puede decir la psicología social? ¿Qué puede aportar, en términos críticos, respecto de esas modalidades gubernamentales cristalizadas en nuestra cultura? Tal vez sea en aquella articulación de la perspectiva emancipadora y epistemológica, donde se juegue la posibilidad de responder a las urgencias antes mencionadas, respuestas que serán, en todo caso, el anuncio o el signo de que la psicología social aun está en crisis, y que, desde ese mismo estado crisis (quizá perpetuo), desea producir las huellas borrosas de las utopías a alcanzar.

Referencias

- Blanch, J.** (1982). *Psicologías sociales. Aproximación histórica*. Barcelona: HORA.
- Fernández, P.** (1994). *La Psicología colectiva, un fin de siglo más tarde*. México: Antrophos.
- Ibáñez, T.** (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai
- Ibáñez, T. y Domènech, M.** (1998). La psicología social como crítica, *Antrophos* 177, 12-21.
- Ibáñez, T.** (2000). *Muníciones para disidentes: Realidad, Verdad, Política*. Barcelona: Gedisa.
- Íñiguez, L.** (2002). *Psicología Social como crítica*. En I. Piper (coord). Políticas, Sujetos y Resistencias. Debates y críticas en Psicología Social (pp.39-72). Santiago: ARCIS.
- Martín- Baró, I.** (1983). *Acción e ideología: Psicología Social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA editores.
- Sandoval, J.** (2009). *Una lectura a la crisis y reconstrucción de la psicología social. Cuadernos de posgrado en Psicología UV, 1, 18-29..*
- Torregosa, J. y Crespo, E.** (1982). *Estudios básicos de Psicología Social*. Barcelona: HORA.